comprendido entre los montes y el mar. En el entusiasmo de la victoria los cristianos apellidaron rey á Pelayo, y ese fué el principio de la monarquía de Asturias, ó más bien, de la monarquía *española*. Una larga paz permitió á Pelayo robustecer su pequeño reino, y el ilustre iniciador de la independencia española murió en Cangas el año 737.

Alfonso I° el *Católico* (739-757), segundo sucesor de Pelayo, fué un esforzado campeón que infundió gran temor entre los musulmanes y agregó á su reino una porci ón considerable de Galicia, así como algunos pueblos de lo que fué después León y Castilla, siendo entonces Oviedo la capital del reino de Asturias. Alfonso II apellidado el *Casto*, principió su largo reinado de 52 años en 791 y en la primera década de su gobierno hizo una correría feliz hasta Lisboa, que fué el preludio de más altas empresas.

LOS FRANCOS.

CARLOS MARTEL, MAESTRE DE PALACIO (720-741).—Pepino de Heristal, antes de morir [714], designó por sucesor suyo en el alto cargo de maestre de palacio á su nieto Teodoaldo con perjuicio de los derechos qne para ejercer el mismo puesto tenía su primogénito Carlos (*Karl*, hombre valeroso). Los *austrasianos*, sin embargo, lo aclamaron por jefe, y después de seis años de combates con los de Neustria y por muerte de su sobrino Teodoaldo, fué reconocido como mayordomo único de los reinos francos (720).

La vida de Carlos, en toda la época de su dominación, fué un continuo batallar contra enemigos interiores y exteriores. En muchas y triunfantes campañas venció á los *sajones*, á los *bávaros* y á los *turingios*, y en 732 rechazó cerca de Poitiers á las formidable invasión musulmana acaudillada por Abderrahman, según hemos dicho en el lugar correspondiente. Carlos, á quien desde entonces se le agregó el nombre de *Martel* (martillo), salvó con su victoria no sólo lo que se había conservado de la civilización antigua, sino al noble genio del cristianismo, al germánico y á las nacientes nacionalidades neo-latinas. En los años siguientes Carlos Martel volvió á someter á los inquietos sajones, redujo á la obediencia á los de Frisia y obligó á los poderosos duques de Aquitania á que le juraran vasallaje.

Durante la dominación de Carlos Martel reinaron sólo de nombre algunos *merovingios*, cuyo recuerdo es indigno de la historia. En 737 murió uno de ellos (Teuderico IV), y el poderoso maestre de palacio no nombró sucesor, sin que por esto fuese desconocida su autoridad por los pueblos de la monarquía franca. El papa Gregorio III le envió varias embajadas ofreciéndole proclamarlo cónsul de Roma y protector de la Iglesia, á condición de que lo auxiliase contra los lombardos, que le amenazaban de continuo; pero Carlos Martel se negó á mezclarse en estas encendidas reyertas. Murió el jefe de la raza *carlovingia* en 741, y su fama apenas fué excedida por la de su nieto Carlomagno.

Carlos Martel dió obispados y abadías á sus partidarios, y despojó de esas prelacías á muchos de sus enemigos, lo cual fué una prueba de grande independencia y de mucha confianza en su poder y energía. Tales actos le concitaron la enemistad de los escritores religiosos, no obstante sus hazañas al rechazar la invasión mahometana y la protección que impartió á San Bonifacio, llamado el *apóstol de Alemania* por sus esfuerzos en difundir el cristianismo más allá del Rhin. Euquerio, obispo de Orleans, llegó á decir que en un momento de éxtasis había visto á Carlos Martel en lo más hondo del infierno.

CARLOMÁN Y PEPINO (741-752).—Carlos Martel legó el mando de los francos á sus hijos Carlomán y Pepino al dejarles sus funciones y autoridad de maestre de palacio. Ambos reprimieron el alzamiento de su hermano menor Grifón que reclamaba su participación en la herencia paterna, y juntos también triunfaron del duque ó gobernador Hunoldo de Aquitania que pretendió hacerse independiente. Carlomán, voluntariamente ú obligado por su hermano, se despojó de su autoridad en 747 para retirarse al convento del monte Casino (en Italia), y Pepino gobernó solo á los francos, hasta 752, en que fuerte con el apoyo de los grandes del reino y con la anuencia del papa, se hizo declarar *rey de los francos*. Childerico III (que así se llamaba el incapaz *merovingio*, reinante sólo de nombre á la sazón) fué tonsurado y sumido en el monasterio de San Bertín. Así terminó, después de *doscientos setenta* y *un*

vuos de existencia, la dinastía *merovingia*, ó sea la primera raza de los reyes francos que comenzó con Clovis en 481.

PRINCIPIO DE LA DINASTÍA DE LOS CARLOVINGIOS; PEPINO EL BREVE (752-768).—Una asamblea de francos, laicos y eclesiásticos, legalizó el golpe audaz de Pepino confiriéndole la corona; el fundador de la dinastía *carlovingia*, así llamada del nombre del famoso Carlos Martel, se hizo consagrar en la catedral de Soissons, y más tarde (754) se repitió la ceremonia de la consagración en San Dionisio, cerca de París, donde se ungió al monarca por el papa Esteban II que fué á implorar su auxilio contra los lombardos. Dos campañas emprendió Pepino *el Breve* (754 y 756) en daño de ese valiente pueblo, despojándolo del antiguo *exarcado* de Rávena y de las ciudades que formaban las dos *Pentápolis*, todo lo cual fué cedido por el rey franco á la Santa Sede. Afirmó en seguida ese soberano su hasta entonces insegura autoridad en Aquitania y murió en 768.

La donación de los territorios ya indicados, hecha por Pepino á la Sede pontificia, señala el principio del poder temporal de los papas. Fué este hecho muy fecundo en graves resultados, pues aparte de unir al poder espiritual del pontificado la autoridad temporal sobre un Estado, impuso á los reyes francos, y después á los emperadores de Alemania, el deber de velar por el *patrimonio de San Pedro*, y á los pontífices la obligación y la necesidad de mezclarse en los asuntos de Italia para defender la creación política de Pepino *el Breve*. Por otra parte, el poder temporal de los papas fué la principal causa de las invasiones de francos, alemanes, españoles, franceses y austriacos que hubo de padecer Italia en el espacio de 1114 años que fué lo que vivió esa institución (756—1870).

CARLOMAGNO, REY (768-800).—Pepino *el Breve*, fiel á la costumbre germánica, repartió su vasto reino entre sus dos hijos, Carlos, que mereció en lo sucesivo el sobrenombre de *Magno*, y Carlomán, que murió en 771, quedando entonces Carlomagno—así le llamaremos desde ahora—rey único de los francos. La viuda y los hijos de Carlomán, despojados de su herencia por aquél, se refugiaron al lado de Desiderio, rey de los lombardos, cuya hija Desiderata, primera esposa de Carlomagno, había sido repudiada por éste sin motivo legítimo (772).

El monarca lombardo, deseoso de venganza, acojió á la familia de Carlomán y exigió del papa Adrián I°. que ungiese á los sobrinos de Carlomagno como reyes de los francos; el pontífice se negó á ello, y Desiderio ocupó entonces varias ciudades del patrimonio de la Iglesia y se dispuso á marchar contra Roma al frente de sus huestes. Movido por las excitativas de Adrián, y principalmente por el interés de destruir á su enemigo y apoderarse de sus estados, Carlomagno entró en Italia con un poderoso ejército y se hizo dueño de Verona donde se hallaban la viuda y los hijos de su hermano Carlomán; Pavía, último baluarte de Desiderio, cayó en sus manos después de un largo sitio (774), y el postrer monarca de los lombardos fué llevado á un monasterio de Austrasia donde pasó el resto de sus días. El reino lombardo dejó de existir independiente después de una duración de *doscientos seis años* (568-774), y con excepción del ducado de Benevento, quedó sometido al dominio de Carlomagno que desde entonces añadió á su título de *Rex Francorum* los de *et Longobardorum* y *patricius Romanorum*.

Llamado por Ibn-al-Arabí, gobernador musulmán de Barcelona que se hallaba en lucha con el primer califa de Córdoba, y anheloso de extender sus dominios más allá de los Pirineos, Carlos entró en España (778) á la cabeza de un brillante ejército que no alcanzó gloria ni provecho: el rey de los francos avanzó hasta Zaragoza, pero la falta de cooperación de sus aliados le obligó á retirarse, sufriendo por parte de los *vascos* un fuerte descalabro en los desfiladeros de Roncesvalles, donde murió el célebre paladín Rolando—el Roldán de los romances españoles—entre otros muchos jefes y nobles señores de su corte. Más tarde, en los primeros años del siglo 9°., pudo el rey de los francos dominar desde los Pirineos hasta el Ebro, con lo cual se formó la dependencia de su imperio llamada *Marca de España*.

La larga y sangrienta guerra sostenida por Carlomagno contra los sajones pareció quedar terminada en 785 con la sumisión de su hasta entonces indomable jefe Witikindo; en 788 fué agregada la Baviera á su poderoso reino, y poco después logró sujetar á los altivos é inquietos bretones, habitantes de la antigua Armórica. Finalmente, hallándose el rey franco en Roma para sostener la com-

sulmanes y compró ignominiosamente la paz; en el interior hervían las divisiones y las cábalas hasta que el primer tesorero Nicéforo destronó á Irene (802), que fué desterrada á la isla de Lesbos, donde murió pobre y desesperada poco tiempo después. La Iglesia ortodoxa, acordándose solamente de que á ella debió el culto de las imágenes su victoria definitiva, la admitió en el número de los santos.

LA IGLESIA.

Poder temporal del papado.—Hemos fijado ya en el capítulo relativo á los francos el origen del poder temporal de los papas, establecido con las donaciones de Pepino *el Breve* y aumentado con las de Carlomagno. En la segunda mitad del siglo 8º se acrecienta, pues, la grande influencia que venía ejerciendo la Iglesia en la marcha y modo de ser de los pueblos de Occidente desde fines de la quinta centuria posterior á Jesucristo.

Aparte de los elementos de fuerza que las donaciones de los reyes francos pusieron en manos de los papas, debemos enumerar aquí las principales causas que en la época á que hemos llegado (*siglo* 8º) contribuyeron á robustecer el poderío de la Iglesia:

1ª—El respeto universal que inspiró á los pueblos la larga sucesión de venerables pontífices, particularmente los de los siglos 5º y 6º.

2ª.—Los servicios que los jefes de la Iglesia hicieron á los habitantes de Italia defendiéndolos y protegiéndolos ante las invasiones de los Bárbaros.

3ª.—Los vastos dominios de los obispos que les daban el derecho de ejercer las funciones y gozar de los privilegios anexos á los grandes propietarios, siendo la inmunidad uno de los más poderosos.

4ª.—La intervención de los altos dignatarios del clero en el régimen municipal.

5ª.—La calidad de consejeros del poder temporal, reconocida por los reyes respecto del papa y de los altos funcionarios de la Iglesia.

6ª.—La constitución misma de la Iglesia que fuerte, jerárquica, unida y antigua se alzaba en medio del caos en que apenas comenzaban á formarse las otras instituciones, debiendo añadirse que la ilustración de los miembros del clero formaba contraste con la ignorancia profunda de las demás clases sociales.

"El poder espiritual—dice Mr. Lévi—al dominar todos los pensamientos y "voluntades se puso al frente de la actividad individual y no tardó mucho en "ejercer el poder temporal y arrogarse el gobierno del mundo. La Iglesia, apro- "vechándose hábilmente del desorden y la violencia en que se agitaban los go- "biernos, se convirtió en defensora de los pueblos contra los reyes, en rival de

"éstos, y en dominadora de todos, elevando sobre esa base el poder episcopal "en los Estados nacientes.

"Dos circunstancias particulares produjeron la estrecha alianza entre el pa- "pado y la monarquía de los francos: las agresiones de los lombardos y sus con- "tinuas amenazas que hacían temblar á los papas, y la necesidad que tuvo Pe- "pino el *Breve* de que sancionara el pontífice romano su título de rey. La alian- "za que se celebró entre los dos poderes fué una verdadera revolución política: "en el orden civil prevaleció la monarquía, y en el orden religioso, el papado.

"Desde esa época el poder del clero se aumentó considerablemente, y los fre- "cuentes sínodos en que se reunía dieron más fuerza y unidad á su acción. Colo- "cado á su cabeza, el papa llegó á ejercer una especie de supremacía que cam- "bió la faz del mundo bárbaro por el saludable contrapeso que opuso á la fuer- "za brutal de los conquistadores."

Papas más notables durante el siglo 8º.—Los sucesivos pontificados de Gregorio II y Gregorio III (715-741) se distinguieron en la lucha que Roma sostuvo contra los emperadores *iconoclastas* de Oriente, pues que ambos papas mantuvieron con firmeza el culto de las imágenes. Adrián Iº (772-795) llamó en su auxilio á Carlomagno contra los lombardos, quienes fueron aniquilados como nación por el poderoso rey de los francos; y finalmente, León III (795-816) proclamó emperador de Occidente á ese mismo monarca, con lo cual alzó á gran de altura el prestigio de la Iglesia, aunque también fué el origen de futuras y encendidas contiendas entre el papado y los reyes.

———